

Wilfredo Sánchez



Preludio Indígena y Variquicemeto Bacoa

**Sistema de
Editoriales
Regionales**

Fundación Editorial

elperroylarana

MISIÓN

cultura - Venezuela
¡Corazón adentro!

Fundación Editorial



el **perro** y la **rana**



Autor: Pedro Centeno Vallenilla
Barcelona/ Estado Anzoategui 13/06/1899
Caracas 03/08/1988.

Oleo sobre tela
Titulo: Las tres razas
Medidas: 776X1024
1946



Preludio indígena y Variquicemeto Bacoa

©“Wilfredo Ramón Sánchez Álvarez”

Colección: Hermann Garmendia

© Fundación Editorial El perro y la rana

Centro Simón Bolívar, Torre Norte piso 21. El Silencio

Caracas - Venezuela 1010

Teléfonos: 02127688300 - 7688399

Comunicaciones@FEPR.GOB.VE

www.elperroylara.gob.ve

www.mincultura.gob.ve.mppc/

Sistema de editoriales Lara / Consejo Legislativo / Dirección de
Información y Documentación.

Lugar: Casa Rosada / Carrera 17 esquina calle23. Plaza Jacinto Lara

Barquisimeto - Estado Lara

Red Nacional de Escritores y Escritoras Socialistas de Venezuela,
capítulo Lara

Diseño y Diagramación

Antonio Duno

Consejo editorial

Yajaira Álvarez

Norys Saavedra

Omar Villegas

Venancio Hugo Rodríguez

Por la plataforma del Libro: Angelica Rodríguez

Corrección: Antonio Duno

ISBN: 978-980-14-4729-0

Deposito legal: DC2020001120

Impresión digital

Preludio indígena
y
Variquicemeto Bacoa

Wilfredo Sánchez

El Sistema de Editoriales Regionales (SER) es el brazo ejecutor del Ministerio del Poder Popular para la Cultura para la producción editorial en las regiones, y está adscrito a la Fundación Editorial El Perro y la Rana. Este sistema se ramifica por todos los estados del país, donde funciona una editorial-escuela regional que garantiza la publicación de autoras y autores que no gozan de publicaciones por las grandes empresas editoriales ni de procesos formativos en el área de literatura, promoción de la lectura, gestión editorial y aspectos comunicacionales y técnicos relacionados con la difusión de contenidos. El SER les brinda estos y otros beneficios gracias a su personal capacitado para la edición, impresión y promoción del libro y la lectura y el estímulo a la escritura. Y le acompaña un cuerpo voluntario denominado Consejo Editorial Popular, cogestionado junto con el especialista del libro del Gabinete Cultural Estatal y promotores de literatura de la región.



Pendiente Zoomorfo

Concha de caracol

Largo: 18,4 cms

Ancho: 05,9 cms

Fase Boulevard de Quibor

Siglos II-VII. DC

Estado Lara / Municipio Jíménez

Preludio indígena
e Hispano Negroide

Antes de que arrasaran el poblado aborigen y las llamas devastaran su lugar de nacimiento, la niña Acarantair salió de la lúgubre choza bajo la media luz del amanecer. Todavía el diamante de Venus brillaba al oeste, era un punto visible circunscrito por siete rayos de fulgor que no titilaban como sus hermanas las estrellas, y pronto comenzaría a desaparecer envuelto por el blanco velo de la aurora.

Su madre Aracarí, una india enjuta y descarnada, de cuerpo seco y esmirriado por el asma, con palabras casi inaudibles por los pitidos de sus bronquios; le había mandado recoger un manojo de verbenas para hacer un cocimiento turbio y ambarino, y unas ramas de eucalipto para aspirar los vapores y expectorar sus asfixias.

Le había explicado entre silbidos, que era una planta de hermosas flores y variados colores de las que había muchas cerca del pantano donde también crecían los eucaliptos.

Siguió la serpenteante senda que partía a un arvejal que estaba al lado de las firmes hileras de un maizal, como le había indicado su progenitora, señalándole el camino con sus dedos huesudos y su flaco brazo extendido, con flecos de cuero.

Bajó cuidadosamente la tortuosa ladera de los famélicos cujjes evitando que las ramas espinosas hirieran sus desnudos pies y eludiendo el altillo perverso de los cactus de hojas crasas cuyos discos asomaban largas púas, que si se clavaban en la piel se adherían con tesón viviente como si hematófagas quisieran chupar la sangre.

Descendió luego hasta las pisadas de una trocha y caminó bajo el pasadizo oscuro de unos mustios apamates y cuando emergió de las sombras, un aguaitacamino voló de su nido y casi la rozó al pasar, lo que le alertó sus instintos primitivos.

A mitad de su trecho, ya el sol artista, comenzaba a pintar, a trazar las diferencias y a distribuir uniformes los verdes mati-

ces, los ocres, los marrones, y las gradaciones de los tintes azules, blancos y rojos de aquellos paisajes. El alboroto de los trinos de las diversas aves, alegraba su espíritu y aunque temerosa de su soledad se sentía feliz. Antes de llegar se puso a roer unos cemerucos aceitunados porque todavía no habían caído las escasas lluvias del invierno para alimentar el frutaje y pigmentarles de rojo y amarillo.

Al arribar a la ciénaga, la curiosidad la hizo subir a una roca y desde ella observó el sediento lodazal y se asustó al ver que entre unas ninfeáceas de hojas redondas, de flores blancas, emergió una cabeza de ojos saltones azafranados y silvestres que la miraban hambrientos y se movían de un espinazo rugoso de piedras vivas que reptaban con suavidad hacia ella. Distinguió entonces que se trataba de una baba solitaria que aguaitaba a una presa. No esperó que se aproximara aquel peligro de mordida letal, se retiró y al rato de rodear el marjal, encontró el jardín que buscaba.

Sin darse cuenta confundió las verbenas con las verdolagas, las fue arrancando de raíz, mezcladas, e hizo un atado con ellas; después con una hoja de piedra afilada de mango de hueso que cargaba, fue cortando unos brotes de eucaliptos y al final los ató con lianas.

Cuando terminó ya el sol estaba a una cuarta del mediodía en el cenit azul del cielo y su reverberación invariable, aunada a un vaho húmedo y caliente del fangal, le habían hecho sudar, y como el calor era abrazador, decidió regresar a la aldea por el cauce norte y empedrado de una quebrada, hasta donde había una laguna lozana de aguas frescas y eternas.

Al llegar a aquel remanso bajo los copados árboles, colocó bien acomodada su glauca carga en la orilla, se quitó sus quiripas de semillas, se despojó de su falda guayuco, y se zambulló en aquel estanque natural del olvido.

En ese oasis de aguas frías, era ella y su cuerpo, buceaba y de pronto asomaba la carita redonda, sus ojos negros afina-

dos, su nariz perfilada, sus labios carnosos y el cabello pegado a su rostro por el líquido acuoso; y nadando de espaldas, mostraba sus senos morenos del tamaño de la mitad de un jeme, con sus capullos pardos, y su pubis apenas velludo y hermoso.

Así estuvo nadando y gozando la generosidad de la naturaleza sin querer salir hacia el árido ambiente, más, de urgencia y alerta, oyó un alboroto y vocerío de varones errantes e itinerantes que se acercaban a la laguna. Tomó rápidamente sus cosas y se metió a una cueva que era el nacimiento de la fuente de la vida y según las tradiciones de su pueblo, la morada antigua de los dioses del río.

Allí, cubierta de las miradas y escondida, vio a los extranjeros, todos manchados de sangre, que se metían desnudos a las límpidas aguas a lavarse de los viscosos pesgostes retintos y a limpiar los largos cuchillos. Era una tropa de hombres pálidos, barbados y peludos como los monos, que en su lengua pastosa, encalamocada y viscosa, hablaban, gritaban y se reían; mientras fregaban con arena vidriosa sus vestimentas negras como los paños de la noche. Entonces Acarantair, buscó en la oscuridad un lugar seguro en el fondo de la gruta, y en cuclillas, echada por el miedo, rogó a los espíritus de las aguas y los genios del bosque, que la protegieran y guardaran de aquellos demonios terribles.

En aquel lugar extremo, acompañada de cangrejos y peces diminutos que nadaban a su alrededor, permaneció oculta; pues la turba se aquietó y pernoctó en las adyacencias: Pasó la noche tiritando y temblando metida en el agua sin poder dormir, recordando a su abuelo contando historias acerca de los tiempos, cuando los abuelos de sus abuelos narraban las tradiciones de sus otros abuelos, que a su vez habían oído de sus mayores, épocas perdidas en la noche de los tiempos y en la perpetuidad de los chismorreos, cuando las armas más antiguas conocidas entonces habían sido las manos, las uñas y los dientes de los hombres; luego habían esgrimido las piedras y las ramas, y más adelante puntas afiladas de

piedras y hachas amoladas de sílex y cuchillos de hueso de animales. Que posteriormente, Habían caído unas lluvias, mionas de los dioses del cielo, tan repetidas y violentas eran las tormentas que con sus rayos y truenos apagaron el sol, y que los aguaceros habían inundado el mundo, las noches se hicieron eternas y muchos perecieron.

Contaba también el abuelo, unos embustes maravillosos y ancestrales, cuando la guerra era la forma de vivir de los hombres desde que se conoció desde su nueva existencia salvaje, y los más valientes tomaban a unos enormes animales trompudos y peludos cuyos densos colmillos corvos, eran tan enormes como tres hombres y gruesos como los troncos de los árboles que tumbaban con ellos; peleaban con unas fieras que tenían unos dientes tan largos, del tamaño de media lanza que les sobresalían de sus bocas y bigotes tan grandes como los cabellos de una mujer. Y asimismo vencían a unos osos de las cavernas de robustos y vigorosos brazos y garras como cuchillos, y del tamaño de un cerro empinado.

Todo lo podían –decía el abuelo – porque Vivían y luchaban unidos en aquel oleaje de guerras, y no contra la naturaleza, sino por la naturaleza, por las tierras, por las aguas, los ríos, los lagos y las cosas de los otros; y que huyendo de unos lugares donde el frío quemaba la piel, los tatarabuelos y las tribus antiguas habían llegado a aquellas tierras de paz que debían de aprovechar y conservar, y esto se lo habían dicho y enseñado arcaicos adivinos que afirmaban ser dioses o emisarios directos de las doradas lluvias cósmicas del sol y la luna, y de numerosas divinidades que estaban ocultas dentro de las aguas, los árboles, las plantas, las cuevas, las montañas, el viento y los cielos; eran tantos como las estrellas y habitaban en el seno de la madre tierra, que habían destronado a otros dioses más antiguos, por lo que era un deber y obligación adorarlos y contentarlos con cantos, danzas rituales y ofrendas.

Bastantes y cambiantes soles y lunas habían emergido desde el mar y alumbrado el transitar de las tribus de aquellas regio-

nes practicando la caza mayor y menor, navegando los ríos, pescando guabinas y bagres; arando y escarbando con coas, y con varas la tierra, sembrando conucos, que entre todas las familias cosechaban: maíz, frijol, tapioca y papas, tomateras y frutos diversos para comer; algodón para vestir, tabaco y coca para estimular el trabajo y vencer el soroche, chicha fermentada con saliva de mujer para celebrar las fiestas y todo era distribuido y consumido en forma colectiva sin desigualdades sociales y políticas de importancia.

Ya casi amaneciendo, Acarantair como no había comido en todo el día, otra cosa que no hubiera sido aquellos verdes cemerucos, sintió las redundancias del hambre que calmó apenas con unos sorbos de agua; y recordó a su madre cuando todavía sana se inclinaba sobre un budare grande amasando una torta de casabe, y a sus hermanas moliendo el maíz con una piedra sobre metates, amasándolos con agua y elaborando arepas; mientras que las abuelas, con mejor mano para la preparación sazonzaban con hierbas y sal del mar, freían o asaban pedazos de lapa, o de venados, acures, chiguire, patos, guacharacas y sabrosos sesos de micos, pescado ahumado, o preparando dulces melcochas de cacao y miel.

II

El día anterior a los hechos, una india saludable y bronceada, llamada Yurubí, estaba sentada con sus piernas recogidas sobre una piedra plana, frente a una olla de cerámica listada de donde había extraído un jojoto tierno y cálido, lo había deshojado y untado con la manteca de la fritura de un puerco de monte que Turupí había cazado y repartido. Tenía una tacita utilitaria de boca estrecha a su lado a su lado y cuando iba a hincarle los incisivos y caninos dientes a los amarillos y succulentos granos, ojeó el horizonte que se extendía frente a ella, y por casualidad diviso unos movimientos insólitos por entre las castañas líneas del maizal, enfocó sus penetrantes pupilas y vio a un grupo de hombres de extraños vestidos con cascos y ropajes negros que encorvados y agazapados avanzaban hacia el poblado. El montón de aquellos invasores lo captó semejante a un gigante y erizado puercoespín por el relieve movible y saliente de las espadas, agujas y picas que portaban alzadas. Despertó de su ensimismamiento, soltó la amarilla mazorca y corrió hacia su cabaña de palmas secas a la misma velocidad que le imprimió a su cuerpo el ímpetu de su espantado corazón. Cuando Yurubi entró, encontró a su hombre, un indio cetrino de ojos rasgados, el pelo amarrado con una cinta roja, de hombros anchos y fuertes, acostado en un chinchorro meciéndose tranquilo, mientras roía un pedazo de costilla de cerdo acompañándolo en su deglución con un pedazo de arepa que todavía humeaba.

Entonces le gritó azorada:

¡Es verdad lo dicho por gente de donde sale el sol, vienen blancos por el conuco ¡

Turupí también soltó su comida, tomo sus alargadas flechas y el arco, y salió de la choza. Yurubí lo siguió con el tarrito de espesa mezcla de ponzoña.*

El primer fogonazo ardió y el estampido hizo que todas las aves de las cercanías emprendieran un alborotado vuelo, y

un nativo gordo que recogía chamizas cayó con la cabeza destrozada.

Luego una serie de chispazos, llamaradas y disparos vomitaron los arcabuces y mosquetes que habían apoyado sobre las horquillas y horquetas de los árboles posicionados alrededor de la aldea. La carnicería se desató sin distinción: Hombres, ancianos y niños caían y se retorcían de dolor; gritos y quejidos se oían por todas partes, pero eran callados por las afiladas espadas; mujeres y críos corrían atemorizados hacia el refugio del monte, más eran esperados por los crueles atacantes que los acribillaban por gusto o capricho, o atrapaban y amarraban como vacas y becerros en un hato español, en medio de pataleos, angustias y lloros. Eran una buena captura para esclavizarlos en Santo Domingo.

Turupí se parapetó tras la defensa de una sólida roca, y en tanto que Yurubí impregnaba las puntas de las flechas con curare, él comenzó a templar el arco con una precisión de cacique cazador, certero y distinguido

Al primero que acertó fue a un septentrional de cabellera clara, ojos sin color y piel de la tonalidad de la espuma del mar salcochada por la sal; que por su tamaño de coloso y de guardaespaldas del jefe, se extrajo de un solo jalón el venablo que se le había clavado en el pecho, escupió al suelo con desprecio y siguió su ejercicio de arcabucero, hasta que sintió el manantial activo del veneno en su cuerpo. Una vasca y una arcada lo hizo arrojar una bilis negra, un estrujón le apretó las tripas e inmediatamente se le fueron entorpeciendo los movimientos de los miembros y una parálisis corporal lo fue invadiendo y cayó al suelo gritando:

Absolución, absolución...

Un clérigo pelón se le acercó y tomó sus manos, y con pérfida gracia lo exculpó de sus pecados cometidos y de los que

estaba comiéndolo, pero no pudo rezar la oración de la conjuración porque Turupí había afinado su pulso y una flecha le entró por el ojo derecho, le atravesó los sesos y se le incrustó en la placa craneal del occipital, por donde se le asomó la punta. De seguidas, dos más fueron heridos en el brazo y el cuello y la ponzoña vengativa hizo sus estragos y se desmayaron para morir paralizados. Entonces fue descubierto tras la gran mole granítica. De las bocas de los fusiles arcaicos empezaron a repartir encendidas bolas de plomo que silbaban al pasar o se despachurraban al chocar y rebotar contra la sólida masa de piedra, y cuando aquellos debían recargar y taquear, lo aprovechaba Turupi para halar de nuevo con precisión la cuerda de tendón de venado y al soltarla acertar a los hombres barbados.

Al final de aquella contienda, Yurubi le pasó la última saeta y después el hacha de piedra afilada. Los invasores al ver que había cesado el vendaval de dardos, en sus agujas en mano lo fueron rodeando.

Turupi al ver aquel exótico grupo que lo estaba cercando, miró tras sus sonrisas malignas los esqueletos de la muerte. Un descarado optimista le tiró un estoque que con su ágil cuerpo el indio evitó, y aquel descuidado quedó, y con un movimiento defensivo le clavó su hacha en la frente con tal fuerza que el mango de madera permaneció en su mano indefensa. El hombre herido lanzó al viento un alarido bestial y cayó hacia atrás como un saco de frijoles, con su cara ensangrentada.

En cuestión de segundos Turupí sintió como si una colmena de jicotes o avispas grandes le clavaran las puntas de sus aguijones, con sus picaduras dolorosas por todo el cuerpo. No cayó, se recostó a la roca y el jefe iracundo puso la punta fría conquistadora de su cuchillo entre el esternón y el brazo izquierdo y se lo clavó de un golpe hasta la empuñadura, le traspasó el ventrículo izquierdo, el corazón le explotó como un globo, la sangre le inundó su pecho, su mente se le disolvió en la nada y la vida de Turupi se apagó.

A Yurubi la levantaron en andas por los brazos y piernas, como una muñeca y como era hermosa de ver, le cortaron el guayuco que le resbaló y cayó sobre unos arbustos y dando puntapiés inofensivos se la llevaron agarrada hasta una hondura bajo una palmera y de manera procaz y sostenida comenzaron a usar de ella sin consideración al afecto en medio de lascivas carcajadas mientras ella observaba a los volantines e incompetentes dioses del viento remover las palmeras arriba, en el firmamento; y durante el tiempo que la ultrajaron, sometida por los oportunistas, experimentaba como remachaban las puntas de los guijarros y los dátiles caídos, lesionando y cortando la sumisa piel de su espalda.

Una vez saciados los hijosdalgos en aquel festín orgiástico, habiendo descargado y satisfecho con sus meneos y convulsiones la contención de meses en el mar, por su viaje desde el viejo mundo. La dejaron abandonada y sangrante, pues había abortado y perdido un nonato concebido doce lunas atrás.

III

Cuando al siguiente día, Acarantair pudo emerger de aquel refugio, ya los forasteros se habían ido, retornó a la aldea. Recorrió perpleja con sus ojos de venadita asustada y su manita sobre su boca sorprendida de todo lo que que había acontecido, viendo el reguero de cabezas decapitadas, cuerpos de hombres, mujeres y ancianos destripados, entre ellos su abuelo, sobre charcos escurridos y secos de sangre negra por todas partes; y lo que había sido el poblado una vez, era ahora una ruina de escombros chamuscados y carbonizados, tizones apagados y cenizas en que se habían convertido los troncos, las maderas y las palmas de las estructuras y parales de las chozas incendiadas por la vorágine del fuego.

Corrió espantada hasta lo que había sido la vivienda de su madre Acarari y sólo halló entre un andamiaje incendiado el cuerpo achicharrado y pequeño como el de un niño, de alguien indistinguible, amorfo, imposible de identificar, del cual brotaba lúgubre y triste un repugnante hedor a muerto asado. Anhelante la buscó por todas partes llamándola envuelta en lagrimas, plañidos y gemidos, y al ver que no la conseguía en aquella búsqueda desesperada, como si hablara con su ánima, la intuición le dijo que aquel cuerpo informe que había quedado en los restos de la morada tenía que ser lo que había quedado de su querida madre.

Conformándose con su desgracia y sabiendo que estaba sola, caminó largo rato por la tierra de los Arawuacos y subió hacia las cumbres de la montaña hasta que llegó a un lugar apacible donde había un río de aguas cristalinas y corrientes suaves, se sentó sobre las hojas yertas bajo la sombra de unos altos samanes a llorar como no lo había hecho desde su nacimiento tiempo ha de diez veces doce lunas; y el dolor y la pena unidos al cansancio, la fueron adormeciendo, y allí urdiría las creencias de su destino.

IV

Mucho antes de aquellos execrables hechos, el nuevo mundo virginal era un lugar de hechizo y encantamiento, por la sencillez de los naturales del Caribe, por sus costas de blancas arenas y un mar azul matizado de tonalidades verdes y tintes brillantes por el sol radiante, que se extendía sin medida conocida hasta lontananza, y les pertenecía a todos con sus tierras rodeadas de agua por todas partes y las leyes de la región eran las leyes naturales. Mas, llegó el maléfico momento en que un judío sefardita de ciudadanía italiana, y a confesión de parte relevo de pruebas, le decía en una carta al ama del príncipe Juan:

“No soy el primer Almirante de mi familia, pónganme el nombre que quisieren, que al fin David, rey muy sabio, guardó ovejas; y después fue hecho rey de Jerusalén; yo soy siervo de aquel mismo señor que puso a David en su estado”.

Se empeñó en buscar al oriente por el oeste, porque se había hecho experto en el trazado de mapas que le enseñó en Portugal su hermano Bartolomé y por sus experiencias náuticas desde edades tempranas.

“De muy pequeña edad entré a la mar navegando y lo he continuado hasta hoy. Ya pasan de los cuarenta años que voy en este uso. Todo lo que hasta hoy se navega he andado”

Orientado por Pablo Toscanelli creía en la esfericidad en la esfericidad de la tierra y la unicidad de los océanos, y contaba la marinería con la brújula, el astrolabio, el timón central, las cartas de navegación y las carabelas.

De fisonomía Europea, cabellos lacios blancos y amarillos, cejas castañas, nariz aguilena y recta, ojos claros verdosos, boca fina, mentón saliente y regular estatura. Originalmente se llamaba Cristoforo Colombo, después castellanizado Cristóbal Colón. Había nacido en genova, surcado el Mediterrá-

neo y el atlántico africano, vivido en en Portugal y de allí pasó a España antes de la toma de Granada por el rey Fernando de Aragón y la reina Isabel de Castilla.

Decía que: *“En la marinería era abundoso, en la astrología lo que bastaba y ansi de geometría, aritmética, e ingenio en el ánima”*

Ayudado por otros convenció a la reina y ella en 1489 ordenaba:

“A los consejos, justicias, regidores, caballeros, escuderos; e homes buenos de todas las ciudades, e villas, e lugares de nuestros reinos e señoríos: Cristóbal Colomo” ha venido a esta nuestra corte, a entender en algunas cosas cumplideras a nuestro servicio. Por ende, nos vos mandamos que cuando a dichas ciudades, e villas, de lugares, o algunas dellas acaesciere, le aposentades de buenas posadas en que pose él y los suyos sin dinero, que no sean mesones, e los mantenimientos a los precios que entre vosotros valieren por sus dinero”.

Posteriormente, después de muchos ruegos, convincente y persuasivo la reina se convenció que el globo terráqueo era “máz chico” de lo que en realidad era, y que por “ezo”, él podía llegar rápidamente a “Zipango”, la tierra del Khanato o a las Indias; en el tiempo en que ella podría pelar un huevo duro; y ella le creyó, y empeñó unas joyas de la corona para costearle el viaje. Preparó entonces tres carabelas con la ayuda de los hermanos Pinzón, en especial de uno de ellos llamado Martín Alonso: *“Traía tanta diligencia en allegar agentes y animalia, como sí para él y para sus hijos hubiera de ser lo que se descubriese. A unos decía que saldrían de la miseria, a otros que hallarían casas con tejados de oro; a quien brindar por buena ventura, teniendo para cada cual halago y dinero; e con esto e con llevar confianza en él, se fue mucha gente de las villas”*.

Con una tripulación de ciento treinta y pico, entre pilotos, ma-

rineros y grumetes; criados del rey, la servidumbre y personas de confianza de Cristóbal Colon, timoneando a la cuarta del Oeste y a la parte del Subueste, vestidos con sotas de espadas en aquellas tres cascaras de nuez, partieron del puerto de Palos y bajaron a las islas Canarias.

El padre Ricardo Capa afirmó: “Tengo por averiguado que de las cien personas que salieron de Palos, unas veinticuatro proceden de las cárceles de Palos y Huelvas”.

De las Canarias, los dos primeros días fueron calmosos y las naves avanzaron lentas. Y desde el comienzo Colon, por si la fallaran los cálculos, decide anotar menos de lo que andaban: “Porque si el viaje fuese luengo, no se espantase la gente, no desmayase la gente”.

En ese ínterin, llegaron a un mar tenebroso que tenía como alfombra en la superficie un pastizal de algas marinas que bajaban como un bosque, hasta la cima del océano que albergaban multitud de cangrejos y peces y donde desovaban anguilas eléctricas destellando corrientazos de alegrías energéticas, y pescaban su comida aves marinas. Estando allí, hubo fluctuaciones magnéticas de la brújula, los alisios amainaron y la estrella polar se volvió loca lo que desconcertó a los pilotos y a Colón.

Al salir del mar de los sargazos, y ver el horizonte de puro mar, pasaban los días de navegación calculados y no llegaban a ninguna parte, a pesar de que Colón los restaba de alguna manera de la bitácora: por eso el espíritu de rebelión crecía.

Colón había calculado que iniciando el viaje desde las Islas Canarias hasta Cipango debían recorrer 4.450 kms, cuando en realidad eran 19.600 kms; y hasta Cathay en China había calculado 6.575 kms cuando en realidad la distancia era de 21.800 kms.

Así, al no ver más que agua, la tripulación estuvo a punto de tirar por la borda al Almirante, para que se lo comieran

los tiburones. No obstante el motín probable se disipó cuando Cristobal Colón informó lo que ocurría a Martín Alonso y le pidió consejo y su respuesta fue tajante: *“Señor, ahorque vuesa merced media docena de ellos o échelos a la mar, y si no se aterve, yo, y mis hermanos barloaremos sobre ellos y lo haremos, que armada que salió con de tan altos príncipes no habrá de volver atrás sin buenas nuevas”*

La corona había prometido una estimable recompensa de diez mil maravedíes, para quien descubriese tierra. Todos moneaban las cofas, los castillos y las cuerdas para ganar el premio y el rlear del sol en el agua les hacía ver montículos de tierra y confundidos gritaban ¡allí, allá!, acá !; pero todo era falso, hasta que una madrugada cuando Rodrigo de Triana avistó unas luces a lo lejos y dio el grito verdadero de : “Tierra, tierra..”

Con ello salvó a Colón, pero siendo mal agradecido, el Almirante, se le salió la clase de avaro. Colón deseaba ser el primero en dar la voz, que reclamaría después: y así lo hizo.

Por casualidad se habían tropezado en su navegación con una pequeña isla que se les atravesó, a la que los naturales della llamaban “ Guanahani” y que Colón bautizó “San Salvador”

Después de arrear las velas y atracar contentos, se pasan y admiran por la curiosa multitud de aborígenes jóvenes, muchachas y mujeres hermosas, y hombres todos desnudos que los esperan en las playas asombrados también por aquellas grandes casas en que llegaban como venidos del cielo al paraíso donde andaban como habían llegado al mundo sin penas ni prejuicios, como si estuvieran en un gran campo nudista, y fueron los frailes los que años después los obligaron a medio vestirse. Cándidos e inocentes los recibieron con los brazos abiertos y un día después asisten a un acto que no entienden:

Vestidos solemnemente, desembarcó el Almirante con sus

dos capitanes y otros funcionarios reales y en la arena, hincados frente a la cruz clavada, las banderas izadas de la cruz verde con la F y la I y con las espadas levantadas, elevando oraciones, hicieron la toma de posesión: el escribano Rodrigo de Escobedo escribió: “Tomamos posesión de dicha isla por el rey y por la reina sus señores”.

Los naturales, creyendo que se trataba de un ritual mágico, los dejaron hacer, sin saber que se estaban apropiando de sus tierras, sus playas, sus personas y sus almas; repartiendo todo, como si fuera “dellos”. Si los nativos a los que llamaron “Indios” porque creyeron haber llegado a las Indias, se hubieran dado cuenta de lo que estaban haciendo aquellos mañosos, tal vez se los hubieran echado al pico como “chicharranos” a los caribes antropófagos que en minoría habían llegado a algunas islas del continente; con sus costumbres de comer carne de venado y no les gustaba mucho el pescado.

Una cosa que si advirtieron, en el primer momento los originarios, fue que aquellos extranjeros les llamaba la atención y amaban el oro sobre todas las cosas; y sacaron de sus macundos cuentas de vidrio, campanillas de latón, botones coloridos, espejitos y otras cosas, que con señas y guiños tracaleros, los cambiaban o trocaban por los áureos ornamentos de oro que los “vanidosos” morenos y morenas de la tribu llevaban colgados de la nariz, las orejas y los cuellos.

De allí siguieron, y al día siguiente, arribaron a otra cercana isla a la que Colón bautizó Santa María de la Concepción en el cayo raro, luego tocaron playas en la que llamaron La Granadina o Isla Larga, en honor al Rey y después llegaron a la Isabela y Colón escribiría en su diario:

“Son islas pobladas con gente sin número y dellas todas he tomado posesión por sus altezas con pregón y bandera real extendida y no me fue contradicho”.

Su obsesión seguía siendo Cipango y escribía:

“Más por no perder tiempo quiero ir a ver si puedo tomar la isla de Cipango”.

Llegó a la costa de “La perla de las Antillas” donde le informaron que había oro, *Su fiebre aurífera le enceguecía”*

“Todo su afán era descubrir una fuente donde nacía el oro”

Creyendo que estaba en Cathay envió dos emisarios a entrevistarse con el gran Khan, pero no lo consiguieron y le contaron a su regreso: *“Lo que hallaron los dos cristianos por el camino, fue mucha gente que atravesaba a sus pueblos, mugeres y hombres, con un tizón en la mano e yerbas para tomar su sahumero que acostumbraban, con el cual se adormecen las carnes y casi emborracha”.*

Quién sabe si las plagas de los anófeles y otros bichos que debieron abundar como siempre en todos lugares eran combatidas con las ramas de tabaco encendidas y lo que hacían los naturales era fumigar las aldeas.

Entonces ocurrió lo que eternamente sucede entre grupos codiciosos, donde hay muchos y variados intereses; y empezaron los “peos” entre Colón y Martín Alonso Pinzón, el capitán de la Pinta, porque el primero por su avidez por el oro no dejaba al segundo actuar; además, su tripulación veraneada y verraca ya miraba a las indias desnudas con ansias. Por ello, Pinzón decidió elevar las velas, levantar las anclas, e irse a explorar el Caribe y por eso Colón escribió:

“Otras muchas cosas me tienen dicho y hecho”.

“Viajando hacia el oeste llegó a Babeque, fondea allí y “obtiene oro con maña y viendo que los demás barcos no llegaban, retrocede a su encuentro”.

Colón por su parte llegó a Haití que bautizó “La Española” donde “había mujeres y hombres hermosos”, observó como fueron bien acogidos aunque tomó aquellos gestos de cortesía como cobardía. Un jefe de una tribu le regaló un trozo

de oro grande y le mandó ricos presentes como papagallos, loros y frutas diversas como era la costumbre diplomática en las islas al recibir extranjeros. El día de navidad los tripulantes de la Santa María agarraron una curda de vino, de vomito y gateo y habían dejado encargado de la carabela aun piloto joven e inexperto que no pudo controlar esa noche los bamboleos de la nao capitana por las fuertes y enormes olas que la hicieron encallar sufriendo daños considerables.

Con sus tablones y maderas decidieron levantar la primera guarnición colonial en América, dejarían allí a 39 hombres bien avituallados ya que no era posible embarcarlos a todos en “La Niña”, Cristobal Colón, después de su primer viaje regresó a España: aún incipiente había comenzado el despojo del nuevo mundo.

V

Mucho tiempo después... el majestuoso salto de agua, dádiva de la montaña, descendía limpio y transparente desde las aberturas de las rocas libres e inaccesibles de allá arriba donde se perdía la vista y caía cerril con su rumor de aguas frescas abriéndose como un abanico, en aquella laguna amplia y acogedora, cuyo receptáculo habías sido perforado y dragado hasta el fondo con la ayuda del tiempo, y era la cabecera y nacimiento del río manso y sereno que primitivamente se iba haciendo furioso en los desfiladeros cobrando un cauce de sinuoso caudal hasta irse a encontrar con el contenido de otros ríos que se unían al Yaracuy.

Aquel zambo, hijo de una india y un negro, de unos diecisiete años, se había llenado de valor, y había escapado del cumbe, unas treinta casa que unos esclavos cimarrones habían construido y disimulado bajo los árboles de la sierra ; por qué intuía, que a pesar de que estaba militarmente bien defendido, llegaría el momento en que la superioridad de los soldados del rey, en un ataque avasallarían la población; y a los que quedaran vivos los aguardaba en la plantación, el mayordomo con sus negros latigueros para tasajearles las espaldas y las nalgas y después curarlas con salmueras de vinagre y limón; privarlos de la libertad con grillos de hierro, remachados a sus pies y luego hacinarlos en barracas, discriminados, pasando hambre y sufriendo maltratos y brutalidades.

Él sabía, que después que sanaran sus heridas debían levantarse a las cuatro de la mañana, rezar obligados y después dedicarse a las faenas de cortar los bastones de caña cuyas hojas afiladas como lanzas rasgaban a cada momento la piel y las necesidades mezcladas con el sudor causaban un prurito inclemente y desesperante que no calmaban los baños para dormir; y en las plantaciones de cacao cada esclavo debía desyerbar entre 130 o 150 ventanas o una parcela de siete varas en cuadro, entre los cuatro árboles de cacao señalados; a las mujeres les tocaban menos ventanas, y a los niños y niñas algunas; y al terminar todas aquellas

labores debían cultivar los conucos: plátanos, yuca, maíz, frijoles, caraotas y ñames para costear su subsistencia y sus vestidos; y recibían unas escuálidas comidas a las cuatro de la tarde que consistían en platos de frijoles y arroz con agua; para volver a encerrarlos muertos de hambre en aquellos antros de inmundicia vigilados por hombres armados, mientras los amos en las casa coloniales se zampaban tremendos sancochos de gallina y verduras, chuletas doradas y ensaladas resueltas, con vino de jerez y pan de trigo importado, como en todas las épocas habían gozado los dueños feudales. Él lo sabía, porque lo había visto desde tripón muchas veces y ahora no se dejaría atrapar.

Caminaba hacia las alturas de la montaña, remontando de rroteroshacia los cerros, llevaba un sombrero tejido de palmas, una camisa sucia amarrada al ombligo y unos calzones hasta las corvas atados con cabullas.

Silencioso y subyugado por el sonido de la catarata se fue acercando al alboroto del torrente y entonces la vio subida a una losa de piedra. La hermosa joven se bañaba para al lado de una danta salvaje que rumiaba tranquila, bajo las aguas virtuosas que le acariciaban sus largos cabellos, sus medianos senos, sobaban sus caderas, sus sensuales piernas, bajaban por su ombligo y se detenían acariciando las parte interior de su bajo vientre. Se quedó observándola un rato, resguardado tras el tronco leñoso de un jabillo o árbol del diablo; su juventud se excitó y sus instintos salvajes despertaron sus ansias. Entonces oyó una voz fascinante que no sabía de dónde venía, que decía: “Soy el espíritu de las aguas y las montañas, ven conmigo” pero inmediatamente, oyó otra viva exclamación que le advertía: “No la toques, esa muchacha es bruja, los pájaros hablan con ella y las fieras del monte no le hacen daño”.

El muchacho no sabía si aquellas voces emergían de la arboleda y la espesura, o de su propia mente; pero pudo más el acicate de la lujuria que el miedo, y sin dilación se quitó el sombrero y comprendió que para llegar hasta ella él debía

atravesar a nado la laguna. La india lo vió cuando desde una roca iba a saltar al agua y trató de advertirle algo, pero él no la vio, saltó y se zambulló, dio unas brazadas, salió a la superficie y comenzó a nadar hacia ella y nadaba y nadaba en medio de la laguna y no avanzaba y nada que se acercaba a ella. El cansancio comenzó a vencerlo poco apoco, le pesaban los brazos y no podía regresar porque estaba en la mitad del medio dando brazadas y no progresaba nada. De pronto alguien comenzó a halarlo a las profundidades, aspiró la última bocanada de aire para ver quien lo ahogaba, pero no había nadie y se hundió tres o cuatro metros, botó el poco de aire que le quedaba en el fuelle de su alma, y al tratar de aspirar nuevamente tragó agua y se asfixió; y lentamente fue perdiendo la conciencia hasta que todo se nubló.

Al pie de la cascada, esta se descorría como una cortina horizontal y cubría la entrada a una caverna oculta que estaba detrás. Uelé, que así se llamaba el muchacho, bautizado después Felipe, abrió los ojos en la oscuridad y todavía torpe, parsimonioso, comenzó a vislumbrar unas luces que inquietas flameaban y al concentrar su mirada vio unas resinosas varas encendidas, clavadas entre las ranuras de las peñas alumbrando una cueva. Cuando pudo enfocar sus pupilas y captar algo de claridad en la oscuridad que allí había, se dio cuenta que allí estaba la india observándolo con su lacio cabello amarrado a un cintillo de tela rojo que cruzaba su frente, unas muñequeras de hilos de colores y una falda guayuco. Trató de levantarse de la placa de piedra en que estaba acostado y un dolor intenso de oídos y cabeza lo paralizó. Oyó a su lado unos ronroneos contenidos y lejanos, y al voltrear vio un moteado gato, grande, de orejas cortas, ojos amarillos brillantes, nariz chata y bigotes finos blancos que lo miraba con curiosidad; el pánico lo hizo saltar y el jaguar se incorporó en sus cuatro patas coleando su extremo posterior, y a una señal con los dedos de la india, el felino dio un brinco y salió de la gruta. La muchacha le puso la mano sobre el pecho, le dijo unas cosas al oído que él no entendió y lo recostó nuevamente sobre la cama de piedra. Luego, de un recipiente de

arcilla de boca angosta le trajo un brebaje que había estado cociendo en una olla de barro sobre tres topias a fuego lento con unas brasas rojizas; se lo dió a beber casi a juro por el sabor amargo y repugnante. Después le cerró los ojos y con pulso hipnótico y unas palabras sin sonido lo sumió en un sueño reparador.

Desde aquel día comenzaron a comunicarse con visajes y gestos y a medida que recuperaba la audición, mejoraban en su comunicación; ella usando su dialecto propio y él una jerga de palabras mochas; y aún así lograban entenderse.

Una abuela tetuda de senos flácidos que le bajaban a la cintura y que venía de no se sabe dónde, llegaba a la laguna cada dos lunas, trayendo en sacos, tejidos de fibras vegetales, mazorcas de maíz, raíces de mandioca, meteoritos de ñame, ocumos y papas; y a pesar de aquella carga tan pesada que a cualquiera hubiese roto las vertebras, llegaba fresca a aquél lugar de recogimiento.

Al encontrarse ella y la india se trataban familiarmente y se reunían a solas durante todo el día, a tratar asuntos misteriosos que Uelé ignoraba. Por la tardecita la viejo envolvía los costales y bajaba con una tranquilidad pasmosa por en medio de la selva donde los ruidos más desquiciantes y los peligros más ciertos podían encontrarse.

Felipe, ahora con permiso metafísico, podía pasar el tiempo haciendo cabriolas en la laguna, nadando o meciéndose en unas lianas y dejándose caer en las aguas, mientras la danta y el jaguar descansaban a la orilla y diversas aves trinaban las notas melodiosas de sus voces como en coro natural. Cuando andaban juntos por la verde espesura bajo la luna llena, que era enérgico tiempo para obtener la mayor potencia y poder de las plantas, Acarantair señalaba una y él decía:

- Manzanilla, y ella respondía: buena

Si ella miraba un árbol que vertía un zumo lechoso de su fruto

y su tallo, el decía:

- Manzanillo, y ella le respondía: mala
entonces arrancaba con cuidado la mata con sus flores y la ponía en la bolsa de las manzanillas.
- Perejil, comer, y arrancaba las hojas y las guardaba.
- Pepinos, comer, tila buena
- Orégano, comer, achícora, buena
- Nispero, comer, onoto, buena
- Mostaza, comer, yerba buena. Y así recogían plantas medicinales y de condimento. Y si algunos animales pasaban a su lado o se los tropezaban una vez más los identificaban Tinamú, Tigana, Yumbú, tortolas, tra-ga venado, Yurumí; y así vivían como amigos, comien-do puros vegetales porque la india no ingería carne de animal ya que creía que todos ellos tenían una alma, como alma tenían los arboles, el viento, las aguas y la tierra. Los árboles les daban sus jugosos frutos como los dulces y redondos zapotes, los chayotes y las yu-yubas, y los refrescos de chia y limón y hacían salsa de yuyo y comían médulas de yurumá, que les bastaba.

Coincidieron también, cambiando lo que debía de cambiar, en sus creencias en el más allá, una visión dualista del mundo de acuerdo con el cual ambos vivían su entorno en dos planos diferenciados: una realidad concreta y sensible que percibían por los sentidos; y un mundo animista espiritual que dominaba la realidad empirica y el culto a los muertos.

Como sus antecesores, habían levantado un monolito, y cada vez que hacían una olla de hervido de legumbres y verduras, jojotos, papas, un pedazo de ñame, y ocumo y una tasa de sopa espesa la compartían con las ánimas de

los muertos, colocándolos al pie del monumento y rezando oraciones indescifrables.

Así estuvieron conviviendo en paz hasta que una madrugada oyeron ecos de unos estampidos que repetían las honduras de los desfiladeros y gargantas de las montañas por todas partes y se levantaron sobrecogidos. La india salió primero hasta la laguna seguida del zambo y allí estaba la danta que tenía las orejas enderezadas, su trompa levantada hacia el origen de los acontecimientos, y montó sobre ella como sobre un corcel; el jaguar saltó de la espesura que era el sitio de su escondido punto de vigilancia, y todos tomaron camino hacia el paraje de donde venían los truenos y las detonaciones que no cesaban. Al poco rato llegaron a un escondrijo alto, ubicado a un tiro de mosquete, desde donde se dedicaron a ver los hechos.

Desde allí observaron, tras las malezas, como el cumbe estaba sitiado por soldados con cascos metálicos o sombreros alones adornados con plumas, hombreras rayadas, camisas y pantalones bombachos, petos de armadura de algodón entretejido; espadas, lanzas, trabucos y dos cañones pequeños de mano que cada vez los recargaban y al prender las mechas hacían estragos y habrían boquetes en las paredes de barro y caña brava haciendo mucho mal al volar cabezas, torsos y miembros de los negros a los que mantenían a raya con los mosquetes y arcabuces.

Cuando ya salía el sol, hubo un silencio de matanza final y la avanzada entró al poblado a sacar las cuentas de su ganancia. Los hombres, las mujeres y los niños que quedaron vivos cayeron prisioneros. A dos de los líderes que estaban heridos los colgaron de las ramas horizontales de dos árboles y los dejaron allí para escarmiento. A látigo limpio arrearon flanqueada la recua de prisioneros en fila, uno tras otro, hasta que en medio de lamentos y lloros salieron del poblado deshecho y desaparecieron en la intrincada espesura del bosque.

Acarantair y el negro Felipe aguardaron prudencialmente un tiempo, y cuando se sintieron a salvo descendieron, lo primero que encontraron fueron a los muchachos que hacían la guardia nocturna degollados, hicieron un recorrido paulatino por el poblado viendo aquello y por asociación Acarantair recordó a su madre Aracari y a su tribu destruida por aquellos malignos blancos y no pudo contener el llanto; y Felipe tampoco sus lagrimas, al pensar en todos sus amigos y amigas que habían allí desfigurados y des-tripados.

- Abramos una zanja, dijo Acarantair.

Recolectaron machetes, picos, coas, y todo utensilio que les sirviera para la faena. Duraron todo el día desmontando y escarbando, incluso imitados por la danta que hociqueaba como buscando raíces y tubérculos, y el jaguar arañando con sus garras la tierra ante una lapa atrapada bajo la cueva.

Al considerarla suficientemente profunda, echaron los restos de los cuerpos en el fondo, bajaron los dos cuerpos de los ahorcados y también los inhumaron y sepultaron a todos en aquella fosa común que aplanaron y sembraron en la superficie con unos cogollos y retoños de arbustos, plantas y todas las matas que encontraron por los alrededores. Tendrán alimento dijo la india.

En dos fardos que hallaron, metieron todos los objetos útiles, los amarraron con bejucos y los ataron fuertemente al lomo de la danta, y regresaron ascendiendo al refugio, y antes de llegar caminaron por la orilla del río y en un lugar alejado se lavaron, se fregaron con asco el olor de la muerte y el hedor de la sangre y la matanza que llevaban impregnados en la piel. Acarantair arrancó después un puñado de flores olorosas y se refregó con ellas el cuerpo e hizo lo mismo con Felipe y al llegar a la laguna, sin hablar, bajaron la carga del animal y se metieron en la caverna. La danta se quedó echada en la orilla y el jaguar se instaló en su cama de hierbas a vigilar. Se estaba creando el mito de la diosa.

VI

El imperialismo cristiano militar de España comenzaría a invadir el nuevo mundo con un ejército de individuos de toda calaña: soldados dados de baja de la guerra castellano árabe, desempleados, delincuentes, mendigos y heterogéneas lacras sociales; que parecían hordas de marabuntas que desolaban todo, esclavizaban y exterminaban indios, los cautivaban en encomiendas y repartimientos y derramaban la sangre buscando el oro. Se implementaría por el triunfo compacto de la espada y de la cruz:

“La casta militar se basaba en la disciplina irrazonable. El soldado perfecto no podía deliberar, debía ser un autómatas en manos de un jefe superior; y del mismo modo la religión católica tampoco admitía deliberación ni libre examen donde la razón estaba supeditada y anulada por la Fe”

En Europa, Alejandro VI, el famoso Rodrigo de Borgia, descendiente del clan familiar de papas, cardenales y nobles que habían vivido en la Italia del Cuatrocento y conquistado las más altas cotas de poder, utilizando los más bajos ardides: Corrupción, nepotismo, traición y asesinatos.

Originario de una localidad masónica cuyos ancestros se habían instalado en la ciudad valenciana de Jativa y en cuyos castillos pendía el blasón familiar con el toro de gules, a los doce años había asesinado a puñaladas a otro niño de condición humilde por un motivo fútil, y que siendo cardenal de los papas Pio II, Pablo II, Sixto IV e Inocencio VIII; vivía con refinado lujo, en un palacio cercano a Saint Angelo, rodeado de cortesanos y favoritas, porque no creía en el celibato, y con la Vanozza tuvo cuatro hijos: César Borgia también famoso por sus crímenes, Giovanni, Giofre y la bella Lucrecia; y con otras mujeres a Pedro Luis, Girolema e Isabel; y otro llamado Juan de Gandia, el que asesinaría su hermano Cesar; y que con la compra por 15000 ducados a cada uno de los que intervinieron en el conclave de la capilla Sixtina, más el ofrecimiento si era elegido, de obispos, abades, cargos

eclesiásticos y feudos a los familiares; se convirtió el domingo 26 de agosto de 1492 en el Papa Alejandro VI, del que muchas más historias pudieran contarse al igual que de muchos otros papas.

Él, nombraría a los reyes Fernando e Isabel “Los reyes católicos” y a pepa de ojo trazó en un mapamundi una raya vertical desde el norte hasta el sur repartiendo el nuevo mundo en dos mitades, una para España y otra para Portugal.

En uno de sus relatos de conquista, el cronista Fernández habla de los requerimientos en el primer encuentro entre los conquistadores y los nativos del nuevo mundo.

Estos requerimientos establecían que:

“Uno de los pontífices pasados, él como príncipe señor del mundo, hizo donación destas islas y tierra firme del mar océano a los dichos rey y reina y a sus sucesores, con todo lo que hay en ellos, por ende, como mejor puedo, os ruego y requiero que entendáis bien lo que os he dicho y que tomeis para entenderlo y deliberar sobre ello el tiempo que fuese justo y reconozcáis a la iglesia por señora y superiora del universo. Si no lo hicieren y en ello maliciosamente dilación pusiereis, os certifico que con la ayuda de Dios, yo entraré poderosamente contra vosotros y os haré la guerra por todas partes y maneras y os sujetaré al yugo y obediencia de la iglesia y sus altezas, y tomaré vuestras personas, mujeres e hijos y os haré esclavos”

Entonces Fernández de Enciso cuenta que cuando el conquistador Pedrarías Dávila en el Sinú-Colombia-, leyó el requerimiento a dos caciques enterados de lo que decía manifestaron: *“Que en lo que decía que no había sino un Dios que gobernaba el cielo y la tierra les parecía muy bien; y así debía ser, pero que el Papa daba lo que no era suyo y que el Rey lo pedía y lo tomaba, debía de ser algún loco, pues pedía lo que era de otros; que fuese allí a tomarlo y le pondrían la cabeza en un palo, como tenían otras de sus enemigos”*.

La corona se reservó el derecho sobre las riquezas contenidas en el subsuelo, de los cuales el propietario del suelo no podía disponer, salvo el caso en que se les otorgara una concesión para explotación; también se reservaba el uso de los bosques, pastos y aguas.

Convirtieron al naciente mundo en una mina desde donde la plata, el oro, las perlas y las piedras preciosas, salían, pero solo iban de paso por España, Francia, Alemania, países bajos e Inglaterra; en pago de sus deudas de guerra y productos que se veían forzados a comprar porque habían dejado de producir. La conquista a la que llamaron pacificación y evangelización, solo fue un alud de malas obras, de hombres dedicados al pillaje y a los crímenes, distinguiéndose en lo que llamaron Venezuela, Diego de Lozada, salteador esclavista y fundador de Santiago de León de Caracas y Juan de Villegas, su émulo fundador de Bariquisimeto y cortador de cabezas de los indios que eran llevados amarrados del cuello por reatas en hileras y si se cansaban o enfermaban; el sanguinario Carvajal, asesino de Hutten, fundador de El Tocuyo; el perverso Cobos que en Cumaná mató a Fajardo y hasta un sacerdote, el obispo de Coro, gobernador, que se asoció con el facineroso Pedro de Limpias, que hacía limpiezas para asaltar y esclavizar a los naturales del golfo y lago de Maracaibo, errados como y exportados a las Antillas, donde la mayoría de los indios habían sido exterminados o se habían suicidado en masa para evitar la explotación permanente.

Un fraile, Bartolomé de las Casas, que fue la excepción de la generalidad confirmó en un relato: *“ La isla La Española, fue la primera donde entraron los cristianos y comenzaron los grandes estragos y perdiciones de estas gentes, y primero destruyeron y despoblaron: comenzaron los cristianos a tomar las mujeres e hijos, y comerles sus comidas que de sudores y trabajo salian, no contentándose con lo que los indios les daban de su agrado; y de otras muchas fuerzas, violencias y vejaciones que les hacían comenzaron a entender los indios que aquellos hombres no debían de haber venido*

del cielo. De aquí comenzaron los indios a buscar maneras para echar a los cristianos de sus tierras; pusieronse en armas, que son harto flacas y de poca defensa y resistencia, y de menos ofensa; y los cristianos con sus caballos y espadas y lanzas, comenzaron a hacer matanzas y crueldades”

Hubo resistencias en todas partes contra los esclavistas, la sublevación de los caríbes en la zona costera oriental de Venezuela, en el alzamiento del cacique Gil ya bautizado, en el pueblo de Maracapana por las acciones del traficante de esclavos y perlas Alonso de Ojeda. Del cacique Maraguey en Chichiriviche, que atacó a los misioneros Dominicos, rebelión que se extendió desde el río Neverí hasta el golfo de Cariaco. Se produjo en esos combates la muerte de Ojeda y los catorce acompañantes, de los misioneros y de treinta y ocho personas más de otras naves de Traficantes. Los Cubaguenses en la isla por falta de agua se vieron obligados a abandonar Nueva Cádiz.

“En Caracas, ya fundada la ciudad y sometidos los indios, se inculpó a los Mariches ánimo de sublevarse, fueron tomados traidoramente prisioneros veintitrés caciques de las tribus, condenados a muerte sufrieron el empalamiento en agudas estacas que les traspasaron las entrañas y les salieron por el cerebro; espectáculo tan atroz que los restos de las naciones indias atemorizadas se retiraron a lejanos montes donde nunca más oyesen ni aun mentar el nombre de españoles contra cuya opresión ni armados hallaban defensa, ni rendidos encontraban alivio.”

Fue en esa Caracas donde posteriormente nacería Simón Bolívar, “El Libertador” de medio continente y vengador de tres generaciones de antepasados; quien había reafirmado: “no somos blancos, no somos indios, no somos negros; somos el producto de cuatrocientos años o más. “

Variquicemeto Bacoa

Variquicemeto Bacoa

“Ayudó mucho el ignorante engaño
de ver en animales corregidos
hombres que por milagro y caso extraño
de la región celeste eran venidos:
y del súbito estruendo y grave daño
de los tiros de pólvora sentidos,
como a inmortales dioses los tenían,
que con ardientes rayos combatían. ...
... iban ya los caciques ocupando
los campos con la gente que marchaba
y no fué menester general bando,
que el deseo de guerra los llamaba
sin promesas ni pagas, deseando
el esperado tiempo, que tardaba,
para el decreto y áspero castigo,
con la muerte y destrucción del enemigo.

LA ARAUCANA

Alonso de Ercilla

Hola:

Yo so Botobo é so fijo daquel ca dizia fer Conde del Garabatal, nomnado José García, blanco él, pescocado, mui membrudo é trefudo, ca coxqueaba; é ca prissieronle con tienllas é truxieron daquela España commo o um, alaiano preso de la cárcel de Huelva con otros veinte é tres plus, aquestas erías en o barco de Cristóforo Colombo; y desde vinet é allegó a my nación, fué bon rescebido é beber en nostra nación noblecido, pero por sus desaposturas morió presto por lanca arawaka en o logar cerca del Barisinaba; y so también fijo de una yndia caquetía, alai mia, baca prieta que lo quis mucho. Escreviré aquesta estoria en dos lenguas , commo huelen las culebras, é fablar el castellano de castilla antigua ca abes aprender apriesa; é ansi mesmo, en fablar y dezir caquetío ageno, de mi nación descapellada é destorpidá; completadas con warao y otros dialectos pués mi idioma desapareció. Al escrevir aquestas estorias passadas me remonto al mill é cuatrocientos é noventa, cuando nos beber felices é bebíamos a vezes en paz, hasta que El Almirante venit “iji” é desde sus magestades el Rey Fernando é la reina Isabel, en el año del señor de mill é quinientos é un año, en el mes de Junio, fué nomnado Don Alonso de Ojeda, gobernador de la ínsula de Coquivacoa do se fundaría el primer establecimiento español en tierra firme.

En la Capitulación rubricada por los reyes católicos, avía cun-tadas cuistiones é le ordenaban:».....No podaes en la tierra de rescate de las perlas de Paria, desde el parage de los frailes hasta el farallón é toda la tierra que se llama curiana(dellos, de los indios caracas), desde la desembocadura del rio Unare hasta los niveles de Chichiriviche; “ o sea, que su gobernación com-

prendía desde el cabo de Chichiriviche hasta el cabo de la vela, de leste-oeste, hasta la entrada en la isla (ansí creían entón', que Coquivacoa era una ínsula) "...é las otras que alá están cerca della que se dice Quiquevacoa, en la parte de la tierra firme (la Península de la Guajira).

Commo Ojeda avía descobrido a la Caquevacoa dixeron ellos se hazía merescedor de la gobernación"... por el tiempo que vuestra merced de voluntad fuere en su provecho é renta de 300.000 maravedís, é lo demás sea para nos; " y publicaron una Real Cédula é dixeron: " A los vezinos y moradores que sois o fueredes de aquí en adelante de la isla de Coquivacoa, salud y gracia, sepades que nos, entendiendo ser así, cumplidero a nuestro servicio é ejecución de la nuestra justicia, é a la paz y sosiego desa dicha isla é su tierra é jurisdicción, nuestra merced é voluntad es que Alonso de Hojeda sea nuestro gobernador desa isla é su tierra é jurisdicción por el tiempo que nuestra merced y voluntad fuere con los oficios é justicia é jurisdicción cevil y criminal, é alcaldías é alguacilazgos desa dicha isla... é aya é lleve de salario en cada año con el dicho oficio los maravedís contenidos en una capitulación que por nuestro mandado con él hizo y asentó el Obispo de Córdoba, nuestro capellán mayor, é nuestro consejo... é cada uno de vos que con nuestra carta fueredes requeridos, recibáis y tengáis por nuestro gobernador al dicho Alonso de Hojeda, por sí é sus oficiales é lugarestenientes, é le dedes é fagades dar todo el favor é ayuda que vos pidiere é menester oviere é quem ello nien parte dello embargo nin en contrario alguno le non pongáis nin consintáis poner; que nos por la presente les rescibimos y habemos por rescibido al dicho oficio é le damos poder é facultad para lo usar é ejercer. Dado en Granada a diez días del mes de Junio del nascimiento de nuestro señor Jesucristo de mill é quinientos é un año. Yo el Rey, Yo, la Reina. Yo, Gaspar de Gricio, secretario; etc.,

etc., etc. En mi oficio de Alférez u oficial que llevaba la bandera, estandarte del navío, diestro en estrología é un poquiello en el arte onesto de hazer que los peces que andan n'el fondo, arriba los hacía andar; acompañé al hijodalgo Alonso de Ojeda en la primera exploración de las costas é fixo una expedición desde las bocas del rio Esequibo, territorio comprendido entre el cabo Parima y el rio Esequibo, siendo también de la Guayana española descubrida las erías adyacentes do estaban los rios: Amacuro, Barima, Guaima, Moroco y Pumarón. La siguiente expedición, en el segundo y segudido viaje, elAlmirante Ojeda proveido de los mapas que avía trazado el Almirante Cristóforo Colombo, probó la continentalidad del territorio del nuevo mundo descubrido dominio ancestral de las poblaciones indígenas. Comencamos el viaje desde el delta del Wirinoco, y yo vide y el vido hermanos que bebían en chozas levantadas dentro del agua por primera vez en las orillas del rio. Enton´, ibamos acompañdos de Juan de la Cosa é Emérigo Vespuche, pilotos diestros ellos, y pasamos a la Trenydad, isla al frente, é de segudido la costa del rio Guarapiche. En un interrogatorio commo testigo Ojeda dixo: “ vine a descubrir el primero, después del Almirante, é descubrí al mediodía de la tierra firme, é corrí por ella asy doszientas leguas hasta Paria é salí por la boca del drago, é de allí, corrí é descubrí la costa de la tierra firme hasta el golfo de las perlas é vajé la ysla de Margarita é la anduve por tierra é conocí que el Almirante no sabía della nada mas de avella visto yendo su camino, é de ay fuí descubriendo toda aquella costa de la tierra firme desde los frayles hasta las islas de los gigantes (Bonaire, curazao y aruba) é el golfo de Venecia que es en la tierra firme y la provincia de Coquivacoa, é en toda esta tierra firme hubo doszientas leguas antes de Paria, é dende Paria hasta las perlas, é dende las perlas hasta Coquivacoa que este testigo descubrió nunca nadie lo había descubierto ny tocado en ella, asy el Al-

mirante como otra persona; y que este viaje que aqueste dicho testigo fixo truxo consigo a Juan de la Cosa piloto, Emérigo Vespuche é otros pilotos, é que fué despachado mandado por Juan de Fonseca, obispo de Palencia, por mandado de sus altezas.

Fué entonces cuando vide mejor, con los españoles, la primera vez esta laguna (lago Mara), en especial por la banda del este, grandes pueblos de yndios hermanos Onotos, fundados dentro del agua por las orillas é partes mas fondables que daba el agua a los pechos do tenían sus casas sobre grandes maderos afincados dentro del agua, sirviéndose para todas sus necesidades de canoas.

Ansí, estando todos ellos vestidos como sotas de espada sobre la cubierta del navío, Ojeda, Vespuche y de la Cosa; mirando a las mocas é a los omnes en las chozas dixeron:

-¿ Vees ?

- Si...

- ¿ Vidiestes tú?

- Si non lo viese, no lo creyese, a tal en el Wirinoco..

- Una cibdad en el agua -dijo La Cosa

-Parescese a Venecia - dijoVespuche

-Ansí es - dijo Ojeda

- El Golfo de Venecia - completó Vespuche

- Amjá.... El Golfo de Veneciuela -remató Oeda-

- Ay que domeñar la vida - comedí yo.

Después seguimos nuestra navegación hacia Coquivacoa é Juan de la Cosa trazó un planisferio en el cuál representó a questegolfo y la costa de tierra firme, y sodellos, señoriando el nombre de Venecuela.

Mientras, entre la marinería un mozalbete cantaba a todo gañote un sugestivo romance:

“Quien hubiere tal ventura
sobre las aguas del mar
vió venir una galera
que a tierra quiere llegar;
las velas traía de seda
la ejarcia de un cendal
marinero que la manda
diciendo viene un cantar
las aves que andan volando
n´el mastel la faz posar.”

Ovo otro que hacía rato quebraba ostyas en una orca é al terminar aquel, inspirado también, trinó como un cardenal:

“ Mui graciosa es la doncella
¡Como es bella y hermosa!
digas tú, el marinero
que en las naves vivías,
si la nave, o la vela, o la estrela
es más bella.”

Después, un grumete guindado de las sogas gridava:

-¡Tierra a la vista! - Entrábamos a las tierras de la provincia de Venecuela.

Hé:

Ine ja Botobo, Caquetío, tia ateje iji eku sabana a Barisinaba kasaba jomakagatuma jaé. Oko, moakitanetatumá pará (barbasco), nakitametuma kuare najorotatumá.

Yajae, noboto ine, tamaja ine sorokitane yakuasika kitai eratuma nibo nabaka kitane, sanuka ata sanuka: tamajaisia, tataisia, tamatikano, tatukamo kuare otemo. Khareme dujakitanae eku jaé nakitane aidamo kitai orikubakita. Erajatumá wabakitane. Daisatumá duya. Dirove koyakitane kuare “daka” itida. Ine erekhia, uku koyakitanae do kore kujukitane. Kore “ho” erisabuka nibo asidatumá kabatakinae do ata warao kuare nakakitane “horoto” kuare menetái. Harunoko kawajera. Nobotai kabatakitanae do aisia konarea kitai aenoae tomatuma kuare bamutumá. Ine nabakinae. Ine warao, Ine tamatikaja.

Eku bakoa tatumá namutatuma a caji: apana todaú aisia daisa todaú dukuruku.

Daisa asida manamo hareareae “cap-cayare” eku tejotuma ka a okotuma: Cumaraguamene. Okoja, onobukitanetuma najamutujoko simoeratuma kuare koenatumá. Eratumá caquetíos wabakitane. Sokonajaemetutai kuare wisidutu tanenakitae. Auroboratumá ekida nonae ekida. ”Kapú” takitanetanae da ekida kuare nokonaja ekida. Eku carituma kuare joisituma otemo tanaemujutuma. Curumutumá erajatumá eku pe-audé . Kokojuka yiwarakitaneeae.

Ateje oko khoroaetuma eku bacoa irida eku sabana a Variquicemeto kuare ine aisia ma aiai, ma dima, ma ami kuare ma añiku; eku bohío aisia bacoa yagua. Eku sabanatumá oko namukitane

kuare ariakitane: age, ede koe, maíz, cocha, boniata, naure, pir-
icha kuare guapotuma.

Ekú duya oko jajakitane: Carubatuma, corietuma, masituma
(matacanes), iburetuma, waktuma, cuituma kuare tautatuma;
y atrapábamos curataquetuma, poanatuma, kokakukituma, mu-
catuma, kokituma, maitatuma kuare tuquequetuma; kuare eku
betuma najoroae: jituma, karinatuma, barina, abotzo eku ar-
ipo(budare), kuare karapatuma; kuare jobituma : azoro, pichi-
puro, turaguatsi kuare é uí (agua de abejas).

Kajimakitanetuma oko eku Variquicemetonaba tane kobukitane-
tuntuma aisia iboma sinuki yakera kuare humocarotuma. Oko
jatanae tanae kajutuma a ka dimatuma arawakotuma, aisia tatu-
ma nabakitanae Kapú(Caji), uka a Apú.

Hola:

Yo soy Botobo, soy Caquetío (significa gente buena), que hace mucho tiempo aquí estábamos en la sabana del ceniciento río donde peces haber; nosotros darle barbasco, matar y comer. Un día, yo niño, yo ver en mediodía que muchos hombres llegar poco a poco: por aquí, por allá, de aquí, de ahí y de allá. Uno, sentado en bestia-caballo matar jefe que pelear. Muchos morir. Otros salir al monte. A nosotros atar y llevar lejos. Yo rabioso, cuerda atada al cuello al caminar. Al ir, algunos hombres malos cortaban cuello a persona porque caía cansado o enfermo. Camino largo. Aquel viejo fué degollado con cuchillo porque soltó las carnes y la sal. Yo llegué. Yo hombre. Yo aquí estar.

En la aldea aquellos hombres sembraron su ídolo: un palo con otro palo en medio.

Otro mal dos desató demonio sobre los cuerpos de nosotros: la enfermedad de la viruela y nos hinchamos de manchas rojas y podridas. Muchos caquetíos morir. La curandera y el chamán también. Kapú estaba ciego y no oír. Conjuros no hacer nada. A orillas de los caminos quedaron regados los esqueletos. Muchos zamuros en el cielo en la mañana. Todo terminó.

Hace mucho tiempo nosotros vivíamos en la aldea grande en el valle del Variquicemeto, y yo con mi madre, mi padre, mi hermana mayor y mi hermana menor. en bohío con techo de palma. En la sabana nosotros sembrábamos conucos y cosechábamos: batatas, auyamas, maíz, piras, yuca dulce, jojotos, raíces comestibles y tubérculos. En el monte nosotros cazar: Guacharacas, conejos, venados, báquiros, palomas, monos y aves; y atrapábamos grillos, serpientes no venenosas, culebras de

agua, tortugas, bachacos, arañas y tuqueques; y en las casas comíamos: huevos, gallinas, casabe, arepas asadas en budares y cachapas; y bebíamos: sopas de maíz con ají, chicha, jugo de guanábanos silvestres y miel de abejas.

En el río nosotros nadábamos y nos zambullíamos con muchachas pequeñas bonitas y mujeres bellas.

Nosotros habíamos recibido las raíces de nuestros padres los arawakos(los hombres hijos de los ríos, nacidos de las aguas y hermanos de los peces). Con ellos llegó Kapú(El Sol), hijo de Apú.

IV

Pasado el tiempo, el trece de Octubre de un mill y quinientos y veinte y nueve años, una REAL Cédula ordenó que se sostuviera y acatará como gobernador a Ambrosio de Alfinger, que llegó a Coro venido de Santo Domingo con tres navíos y una carabela, y con soldados reclutados en España y en Santo Domingo. Este dotó a Coro del primer cabildo y en sus trajines aventureros se distinguió por el mal trato a los mismos españoles y a los indios.

Posteriormente, el 18 de Abril de un mill y quinientos y treinta años, llegó a Coro Juan Seissenhoffer como nuevo gobernador y traía con él a Nicolás Federman como Capitán General para Coro y toda la provincia de Venezuela; entonces, llegó al valle de Barquisimeto el 28 de Septiembre de mill y quinientos y treinta y cuatro años; y entre sus capitanes se asomó en el barco JUAN DE VILLEGAS, quien se distinguiría por la fundación de algunos pueblos y los repartimientos-encomiendas.

El 28 de Mayo de 1538 sesiona el Cabildo de Coro con la presencia del Gobernador Espira. En esta sesión Navarro toma las varas de la Justicia y se enumeran las personas que son sometidas a juicio: “ Ansy de los cargos que an tenido los susodichos, que van declarados como de otros cualesquier que ayan thenido é usado: 1) Ambrosio de Alfinger, gobernador y Capitán General de la provincia, (difunto); Luis Sarmiento, Teniente de Gobernador y de Capitán General, ansí como Alcalde Mayor, (difunto); 3) JUAN DE VILLEGAS , escribano, 4) Jorge de Espira, Gobernador y Capitán General...., etc.”....”al gobernador Alfinger se le endilgan 16 cargos, especialmente relacionados con el maltrato a los indios y a los soldados españoles, esclavos encadenados a quienes se deguella sobre la marcha para no perder tiempo, corrales para encerrar a quienes deban ser rescatados, azotes, palos y tormentos a los soldados por nimiedades, etc.; en el juicio se consideraron probados 8 cargos contra Alfinger. “

En el juicio contra Federman, de los cuales se responsabilizaba a Espira por la Ausencia de aquel, se le acusó así: “..que el dicho Nicolao Federman el tiempo que fué al Cabo de la Vela y a donde el presente es y do mandó ranchar muchos pueblos de indios de paz y caquetíos comarcanos a esta ciudad en que llevó mas de 700 ánimas en prisiones y en cadenas y entre ellos ciertos principales a cabsa de lo cual se han despoblado más de 20 pueblos de los comarcanos a esta cibdad, de los cuales se han muerto todos en la mayor parte por sus malos tratamientos por los llevar en prisiones y cadenas (Es indudable una presunción iuris tantum de que Villegas participó con acción u omisión en estos delitos de lesa humanidad)

2) Porque mandó tomar muchas muchas mugeres, de las principales, por ser hermosas, para él; y algunos de sus maridos mataban por se las quitar o acochillaban...” (Villalba era entonces subalterno de Federman). Este pleito de Espira terminará ante El Consejo de Indias en 1556.

El 12 de Septiembre de 1545, una Real Cédula firmada en Valladolid nombra al Lic. Juan Pérez de Tolosa como Juez de residencia para la provincia de Venezuela, la cual se hará sobre los gobernadores que hayan sydo y son de la Provincia de Venezuela y Cabo de la Vela, y a sus alcaldes mayores, thenientes y oficiales del tiempo que han usado y exercido la nuestra justicia en ella, es decir, nuevamente a todos los gobernantes desde Ambrosio Alfinger hasta Juan de Carvajal y su theniente Villegas”

Fué precisamente El Tocuyo el pueblo que fundó y pobló Juan de Carvajal . Juan de Villegas que había sido también condenado por Frias “fué hecho prisionero por orden del nuevo Juez (Tolosa), pero sometido a residencia no solo quedó libre después de un mes de arresto, sino que fué nombrado como teniente de gobernador el 6 de Abril de 1547 bajo las mismas órdenes de Pérez de Tolosa. Después, el teniente asienta la ciudad y puerto de Borburata debido a su experiencia en la fundación del Tocuyo que Pérez de Tolosa repobló después de la repartición de los naturales. Es probable además que estas experiencias ayudaron a Villegas en su reivindicación pues era apoyado así mismo por sus compatriotas beneficiados con los repartimientos-encomiendas que él había hecho. Mas tarde, se dedicaría a la fundación de la Nueva Segovia de Barquisimeto.

VI

Dentré por la puerta del traspatio... como decían siempre los amos: “-dentre por la puerta de atrás..”. Finqué los inojos por le bessar la mano a la señora. La lumbré biva cortaba la escuridad de la madrugada. La doña Mary Carmen, galega ella, me extendió su brazo. Yo le tomé apenas los dedos y simulé el beso.

- ¿Comísteis vos?- me preguntó- Najoro natanae -pensé- no comí (comedí) y le respondí:

- No comí... - estaba asustado, jenoko eku tai : estaba en la casa de ella. Era alta, piernuda, de color matizada.

- ¿ Cómo te llamas?- me interrogóde seguidas- Ma wai ?: mi nombre: ji wai katukame - me dije

- Ine botobo: Yo botobo - le dije encalamocado. Me dió un pedazo de iburejubaka (cerdo) y un jojoto. Tida yakera (pensé): mujer buena..

-Estarás a mi cargo - me dijo- no debes huir....irte ¿oísteis? - ella zeceabaa las palabras

- Ji noko ya: sí, ..oí

-harás las cosas para mi- nonaka kitane: hacer..

-Si, yo hacer

-Después de comer vé a lavarte las manos y la cara y vienes a barrer aquí-

- Já, Ine najorote..berekitana tamatika: aquí...barrer- asentí

Alimpiándome las manos y la cara me acordé como amidos, de mala gana, y ajuro, fuimos y vinimos buscando el mar del sur y a un señor rey que se bañaba de oro en una laguna, y al no encontrarlos nos regresamos. En el , logabracando ar, después de ant'ó altar de la ermida rezar, desfilaron los extranjeros so los caballos enjaezados con sus lórigas de cuero escamadas abracando adágaras delante de los coracones y alcando lancas; al sortir a buscar ombres é mugeres , jóvenes y niños indígenas desarmados , y amarrados con tienllas por aquellos aces de guerreros en fila. Ansy lo pregaré siempre porque lo sé y lo vide; y ansy fuimos repartidos como ganado por los caseríos equidistanciados al ceniciento río.

Después ca se firiezen las redadas fasta aqueste día, yo bine a parar en la casa daquel encomendero del ca dizían que era mas malo que todos ellos juntos y pior ca el bestión mucariento (el diablo); y ca le gustaba int'errromper la vida de los próximos por quitame de aquí esta paja. Yo bine y lo vide, o umano dellos y cuando finquéca quisiera ver morir a golpes de mano del kapatari (jaguar), el que tiene garras y gruñe . con sus holgados estridores. El hombre tenía unas tierras que a nosotros nos quitaron con cafetos y en flor las mieses, llena de prisioneros y encomendados caquetíos herrados como ganado para ca non escapasen o fer bien pronto recuperados, y cuando finqué mis plantas allí, vide a un cacique viejo él d'anal, ca pusieronlo con el pescueco en un cepo, con sus fijos pequeños sentados a su lado, pués el mal amo esperaba de la familia de la aldea muchas onzas de oro para pagar su rescate. Era absoluto en insultar y maltratar a los hermanos ca bajo su férula estar.

Fuí destinado a los trabajos internos de la casa y aunque molesto (ooti) todo lo que se me decía o ordenaba hacía esperando el momento de escapar antes de mi herrar. Después supe que entre las indias de la cocina estaba una humocaró (muchacha bella) como de doce soles (mojo reko arai manamo: manos ambas sobre dos), fija también del cacique a la que el perverso (asida) doñeaba (galanteaba), pero a ella no daban ganas de hembra (tida) con él, por lo que el omne un día la agarró y la ató a un árbol, y con la mayor maldad le dió una cueriza bestial. Al siguiente día, ella se ahorcó por el sufrimiento.

Entonces, en la noche (ima) la sangre de la gente hirvió (goe kore a) y el cerro ardió (jota eku jekunu), iluminando la sabana; y el omne cuyo placer era matar (kubanakitane). Ahora debía cosechar (arakitane) su siembra. Frente a la casa solo recuerdo que alguien me dijo:

- Naru.....naru(vete)- solo tomé un afilado cuchillo (nabo), un chinchorro pequeño y unas cuerdas mientras oía:

-kuma ú (mátalo tú).....nona ú (hazlo tú).

-Já (me dije), y arranqué a correr. ellos gritaron (Jokotuma):

- Nabaka kitane: blancos llegar.

Su cabeza sin ojos quedó insertada en un oau(madero) eku tai a janoko (en su casa de él).

VI

Después de yo caminar muchas leguas y montañas con la compañía de la luna sin ver a ninguna mujer u hombre, por entre ñaragato, seguí con mucho más miedo a los duendes y a los cacuroas, que a los caribes o a los tigres , siguiendo la orilla de un rio hacia el poniente por si alguna jaría oír mis huellas lavar. Pensaba yo en algún amigo o primo hallar cuando el sol el cielo blanquear; y las bandadas de loros y hermosas guacamayas al monte rozar dejando caer sus graznidos, las guacharacas el alboroto corear, y los pájaros todos empezaron a trinar; cuando yo la cueva ver allá atrás de una ceiba cumaca, en el medio, entre los árboles.

Yo aquí haber (estar) en la cueva; estoy aquí solo: no hay agua limpia, no hay fuego, no hay comida, la noche está negra. Debo dormir. Pero, una idea me recuerda a Caápora, el feo y fuerte hombre de pecho ancho y velludo que cabalga un tapir y que arrea delante de sí todas las alimañas de la selva mientras los árboles se apartan dándole paso; todo el bosque se estremece con sus estridentes gritos y silbidos. Es de mala suerte pensar en él. No debo pensar tampoco que llegué aquí. (Nokaba a kujukitane ine eratuma jotatuma aisiko cari omi dakitane para ekida lero o ateri, notenae dukuruku jarañas aisiko era deta yata capotuma kuare cacurotuma yata caribetuma kuare kaparituma. Kukuyaja arai cari a jisaka naba joisi casicure kore berorotuma nokonaja ma jojarakitana, obonobukita , ine eku oimana guaitiao o tamude, anaka kapú pe-aude bereberekitane kuare cabarotuma kuare minutuma duyatai jiiikhathokitane tatuma cotorras nikitane, carubatuma kuare bolatituma kokotukakatukakore ine amuy mia mikitane daisaba a jisaka guay dukuruku dautuma.

Ine tamatikaja eku khará jobaki eku. ine tamatika, ine witu, jo ekida, jenuku ekida, najoro sanuka, ima anera, obonokitane ubakitana: jisaka obonona ma yata Caápora, hudi kuarenojibatai nibora auri monika)

Por la mañana fuí al caño a tomar agua y al monte a cortar árbol para hacer mi arco. De este modo, mataría conejos o algún venado. Luego, al buscar un bejuco, animal en el bosque oir bufando: un venado maticán estaba atorado en una raíz y corté su cuello. Así obtuve carne y tendón para templar mi arco. Con piedra hice fue, y mi corazón cantar con un fotuto de caña que yo fabricar.

Pasados algunos días, pisando mis chancletas de cuero de venado, enrumbé mi destino a la tierra de los waraos, más allá del Wirinoco, a vivir mi temporada de cimarrón y a aprender de ellos su lengua y sus costumbres, teniendo en cuenta siempre que los idiomas son como tejidos vivos que con el tiempo se desarrollan, envejecen y mueren; y al final de mis escritos en kumé muchas palabras se me han olvidado y no he podido seguir sus reglas gramaticales ya que estoy hablando más decididamente en español.

Y cuanto me cuesta convencer a mi razón de la existencia de ese cielo imaginario de méritos y premios que dibujan esos hombres con faldas y relicarios en el pecho, y de la verdad de ese infierno de penas y castigos ; donde el hombre de bien es por su lado acogido bien, y el hombre malo por su parte echado al fuego a pagar sus maldades y crímenes. Pienso como el cacique antillano que estaba atado de sus muñecas y sus manos sobre un madero cruado por otro, cuando un fraile de esos le instó a arrepentirse de sus dioses vernáculos y a implorar su salvación al Dios de los cielos católicos y no morir quemado en aquella inquisición para ir al cielo. Entonces, el jefe desde su atada altura le preguntó al cura: entonces...

-¿También ellos que me torturan y me matarán van a ir a ese cielo?- y éste le contestó:

-Por supuesto que sí.- entonces, el cacique, sabiendo lo que le ocurriría, le dijo conformado:

-Pues entonces, no pediré perdón a su Dios, porque yo no quiero ir a ese cielo donde ellos van a ir.

Essora, una hoguera se levantó del suelo y desgarradores gritos se oyeron y se perdieron en lontananza.

Yo ya viejo no te veo. El tiempo se hace polvo seco y una nube ensombrece mis ojos. Giro en el viento como una hoja para fluir a un día dormido del hacer y regresar. (Ine noboko ejida ji miá. El tiempo nonaya juju waja kuare juaca najamujujoko aneratai matuma mutuma . Ine kobokitane eku el viento juaka aroko a kanukitane para jisaka yaja ubakitaneae.. nonakitane kuare yarokitane). Estoy donde quería estar, en un lugar en que el ser y el

no ser dejan de existir cuando las horas no son nunca inmediatamente, en la mudanza. Entonces, estoy ahora así, allí. (Estoy do querié estar, en ó logar en ca el fer é el non fer dexan de fer o estar, cuando las horas non son nunquas muy toste priado en la mudanca. Essora, estoy agora ansí é í)

VII

En septiembre del año 1545, Don Juan Pérez de Tolosa es nombrado gobernador. En Marzo de 1546 arriba a Santo Domingo y el 18 de Junio de ese mismo año está en Coro. Allí nombra a Juan de Eldúa alguacil mayor y promotor fiscal por ante el escribano Juan Quincoces de Llana; e inmediatamente incoa juicio contra Juan de Carvajal por la muerte de Hutten y su gente. Juan de Carvajal, el fundador del Tocuyo, es hallado culpable, capturado y ahorcado en la misma ceiba donde el ajusticiaba a sus enemigos como gobernador interino. El Tocuyo, era en ese momento la ciudad más importante de la Provincia de Venezuela. Juan de Carvajal había traído allí como su teniente a Juan de Villegas, y entrambos, repartieron los solares, establecieron encomiendas y poblaron y fundaron el asentamiento de la ciudad del Tocuyo. Sobre el licenciado Juan Pérez de Tolosa se dijo: “...y andando la tierra para apaciguarla, de allí a un año poco más o menos, vino por gobernador de esta provincia y juez de Residencia de ella.. proveído y nombrado por la magestad real del emperador Carlos V.... y nombró alcaldes y regidores y se intituló esta ciudad: Nuestra señora de la Concepción, nombrada así por su teniente el dicho Juan de Villegas, quien cometió el repartimiento general de los indios de esta tierra que se pobló en nombre de su magestad real”; posteriormente de Villegas fundaría La Borburata y “después de ésto, acordó fundar un pueblo el cual pobló en riberas del Río Buría y llamolo Nueva Segovia (porque él era de esa región de España)... los españoles luego comenzaron a llamar a este pueblo Nueva Segovia de Barquisimeto hasta quedar solo Barquisimeto. “ La mudan mas tarde a 12 leguas del Tocuyo donde los halló el Tirano Lope de Aguirre. Después de Buría se muda a un sitio entre los dos ríos: el rio

claro y el río turbio, y finalmente la mudan a la sabana alta de Barquisimeto; y así transcurre el año 1552. En cartas del 29 de Abril y 14 de Diciembre de ese año, Villegas dice:

“ Vuelto de Borburata a este pueblo (El Tocuyo), la tierra no solamente no se despobló, antes perpetué el asiento de El Tocuyo y le dí título de cibdad y nombré en ellas alcaldes y regidores y los demás oficiales , y en nombre de su majestad encomendé a los vecinos los naturales”

Juan de Villegas habló en 1552 de haber restaurado la ciudad y una vez que Juan Pérez de Tolosa le deja en el gobierno de interino a su muerte el 1de Agosto de 1549: entonces envió a un capitán llamado Pedro Alvarez con 40 hombres a poblar a Borburata “el cual pobló en la costa del mar”. Fundaría después la Nueva Segovia...dícese “en Buría porque era el nombre de un río y así le lamaban los naturales; y pobló este pueblo de Nueva Segovia en el año 1552, y estuvo allí poblado poco tiempo por ser el asiento donde estábamos enfermizo y muy húmedo y por tener los naturales lejos”.

El plano de la Nueva Segovia trazado por Juan de Villegas parte una Plaza Central donde se construiría la iglesia, como modelo de todas las construcciones de América, ubicada entre la calle Santiago, y la calle de Las Damas, de norte a sur; y entre la calle del río (turbio) y la calle (indescifrable), de poniente a oriente; rodeada de múltiples solares de 4 repartimientos cada uno; estando 3 al norte, 3 al sur, 1 al oriente y 1 al poniente; un total 8 solares adyacentes a la plaza y entregados a diversas familias, entre ellas: A la flia. Antillano, Sementi, Mar Gómez, Damián del Barrio. León, Doña Beatriz de Obiedo, Doña Leonor de Amador, Leonardo Gribel y otros ilegibles; y de esta manera todo el pueblo; y al sur, se vislumbra en el gráfico, el río Turbio y más atrás las serranías (de Terepaima y otros cerros).

* Juan de Villegas muere en la Nueva Segovia de Barquisimeto en el año 1553 (Historia de Venezuela III, Estructura Provincial, autor Guillermo Morón).

FIN

Colofón

Versión Digital, abril 2020
Sistema de Editoriales Regionales, Lara
Barquisimeto - Venezuela

Colección: Hermann Garmendia

Historia local

Preludio indigena y Variquicemeto Bacoa

Dos cuentos que conforman un acertado punto de vista en el género literario de Historias locales, pues teniendo un alto contenido de ficción nos acercan generosamente a una posible realidad o punto de vista convergentes con los acontecimientos ocurridos durante la conquista. En Preludio Indigena vislumbraremos el nacimiento de la leyenda de María Leonza y en Variquicemeto Bacoa iremos tras las aventuras de Botobo, personaje originario que enlaza en su narrativa el idioma indígena con el idioma castellano de los siglos XV y XVI Illevandonos a una experiencia enriquecedora entre lo dramático y lo lúdico del lenguaje...



Sistema de Editoriales Regionales

LARA

Wilfredo Sánchez

Barquisimeto, Estado Lara. Venezuela, 1947



Escritor, investigador, abogado graduado en la Universidad Central de Venezuela. UCV. Wilfredo Sánchez incursiona en la escritura a partir de los años 90, compilando en su haber cuentos y crónicas de muy diverso contenido. Nuestro Sistema Editorial, se complace en preesentarle a un auténtico escritor inédito que en su primera publicación sabrá captarnos con sus relatos .



Ministerio del poder popular
para la Cultura

